

Me quitaron una parte de mi alma y de mi corazón...

Soy una chica siria de origen circasiano. Tengo 26 años, nací y crecí en uno de los barrios de la ciudad de Damasco. Aprendí de mis padres a amar a mi patria y pertenecer a ella.

De joven era voluntaria, por un lado, participando en los conciertos de la tropa de bailarines del baile folclórico circasiano, para recaudar fondos para la asociación benéfica circasiana –de apoyo a las familias más necesitadas-; y por otro, daba clases de alfabetización en árabe e inglés en una de las oficinas de la Unión General Femenina en la provincia de Quneitra.

Debido a mi origen cultural y a las costumbres de la sociedad circasiana estaba acostumbrada a relacionarme de forma normalizada con los chicos. No estaba aislada de ellos como dictan las costumbres, conocidas ya en nuestras sociedades árabes. Aprendía todo lo que quería y practicaba muchos deportes como el yudo, karate, *running* y baloncesto, lo que aumentó mi autoconfianza y me hizo saber que podía lograr todo lo que quisiera.

Cuando terminé el bachillerato quería estudiar idiomas y tuve la suerte de entrar a estudiar filología y literatura española en la Universidad de Damasco. Algunos me criticaban por esta elección, me dijeron que el español no tenía salidas laborales en el mercado sirio, pero yo confiaba en mi decisión y mi familia me apoyó porque siempre confiaba en mis decisiones y esto me hizo seguir adelante.

Por el coste elevado de mi educación decidí estudiar y trabajar. Mi familia estaba muy en contra de esto porque ellos querían que solamente estudiara y dijeron que era difícil estudiar y trabajar al mismo tiempo. Con mi voluntad conseguí persuadirles y empecé a trabajar, primero en una tienda de ropa, después en una empresa de telecomunicación durante dos años y, por último, en el Banco Industrial Sirio durante un año, año en el que estalló la revolución.

Entonces empezaron los peores días de mi vida. Oíamos las explosiones día y noche y

veíamos cómo detenían arbitrariamente en las calles y universidades a personas inocentes. Me acuerdo que una vez estaba en una clase cuando entraron al aula, nos apuntaron con las armas a la cara y detuvieron a más de 15 estudiantes y luego se fueron. Otra vez nos tuvieron encerrados dentro de una de las aulas más de dos horas hasta que terminaron con aquel episodio de detenciones.

Todas estas violaciones –redadas en las casas en cualquier momento, bombas que pueden explotar muy cerca de ti en cualquier momento y cualquier lugar- crearon una situación de miedo sobre la población con el fin de intimidar a los civiles.

He visto la muerte con mis propios ojos más de una vez. Cada vez que el ejército hacía redadas en nuestra casa esperábamos la muerte y hasta esperábamos la bala de la merced, sí, de la merced, porque la espera de la muerte o el miedo a ella no es menos terrible que la muerte misma.

¡Qué difícil es cuando sientes que tienes miedo de morir, qué difícil es sentir que tu corazón está palpitando dentro de tu cabeza y que tu alma está atascada en tu garganta! ¡Qué difícil es sentir tanto miedo! A pesar de todo esto no he podido estar allí quieta y mirando, no he podido ver los hijos y las hijas de mi país siendo asesinados y obligados a irse de sus casas o verles muertos bajo los escombros de sus casas, y quedarme ahí sin hacer nada. Me educaron para defender los derechos, aunque sabía muy bien lo peligroso que era lo que quería hacer. Porque sabía que ayudar a la gente a tener comida, medicamentos y cobijo es un crimen castigado por Al Assad, que pasa por las oscuridades de sus cárceles, haciendo que te mueras bajo torturas si tienes esa suerte.

Pero esto no me hizo parar y me puse de acuerdo con algunos amigos para recoger lo que pudimos de comida, medicamentos, almohadas y edredones en mi casa. Mi casa estaba muy cerca de las zonas críticas y de las zonas

donde se refugiaba la gente que huía del infierno de la guerra. Aquí cabe mencionar que me había refugiado en Jordania algunas veces durante cortas etapas antes de instalarme aquí indefinidamente y que estuviera cuando nos dábamos cuenta de que el ejército hacía redadas y atacaba hasta un nivel muy alto y cometía barbaridades en contra de los habitantes de nuestra zona pegando, deteniendo y hasta violando a las mujeres.

Como resultado de todas las presiones y cerca de la llegada de los exámenes de mi tercer curso universitario, mi salud se fue deteriorando, asma y hemorragias intestinales. Era una noche de jueves, de la cual nunca me olvidaré, cuando mis padres tuvieron que llevarme de urgencia al primer hospital. Allí nos llevamos la sorpresa de que me negaron la admisión porque los jueves sacaban los cadáveres de los muertos del ejército para llevarles al cementerio. No podía volver sin un tratamiento, caí al suelo por tanto dolor, me desmayé delante de la puerta del hospital y ante los ojos de mis padres que no consiguieron hacer nada por ayudar a su hija. Posteriormente, me llevaron a la clínica de un médico que me ayudó y me conectó oxígeno para poder respirar, y cuando mejoró mi situación nos fuimos a Jordania para asistir a la boda de un familiar. Tenía una sensación muy rara, sentía que salía de Siria para no volver, era el último adiós y me vine a Amán. Veía las noticias en la tele y las oía en la radio constantemente, y llamaba a mis amigos y mis familiares todos los días. Cuando terminaron nuestras vacaciones, mis padres decidieron que mi hermana y yo teníamos que quedarnos aquí mientras ellos volvían a Siria, no querían que arriesgara mi salud otra vez. Entonces, mis padres volvieron y llegaron a nuestra casa por la noche mientras mi hermana y yo nos quedamos en Amán. Al día siguiente me despertó una llamada de mi hermano preguntándome si mis padres habían llegado a Amán porque habían salido de nuestra casa de Damasco por la mañana e iban rumbo a Jordania.

La situación en Damasco se había deteriorado mucho aquel día. No sabía si lo que escuchaba era una pesadilla o una realidad hasta que mi hermano entró a mi habitación para enseñarme un vídeo de lo que estaba pasando en Damasco. Aquel día fue la explosión de la llamada “célula del conflicto” en Siria, que lideraba Maher Al Assad el hermano del dictador.

El pánico se apoderó de mí, llamaba a los móviles de mis padres pero las redes de telecomunicación en Siria se habían paralizado por la intensidad de los sucesos. Finalmente, traumatizados, llegaron por la noche, y no habían vuelto de Damasco sino de la muerte. Después clausuraron definitivamente la frontera entre Siria y Jordania, fue entonces cuando mi mundo se vino abajo y ocurrió lo que siempre me aterrorizaba y todas las pesadillas se hicieron realidad. Mi vida había cambiado totalmente y entonces fue cuando me di cuenta de que había perdido mi país, mi universidad, mis estudios, mis ambiciones, mis objetivos y mis amigos. He perdido todo, mi salud y mi estado psicológico se deterioraron. Y en aquel momento recibí la peor de las noticias, habían detenido al hombre que amaba. El hombre que era mi fuerza, mi apoyo y la persona en la cual me refugiaba de este mundo. Le llevaron y nunca volvió.

Me vine abajo y no deje de llorar, no podía hacer nada más que ponerme delante de la tele para seguir las noticias. Me quedé así durante un año hasta que un amigo me llamó y me dijo ¿quieres que logren lo que querían? ¿quitarnos nuestras fuerzas? ¿destruirnos? ¿vas a dejar que te hagan vivir como los muertos? ¿un cuerpo sin alma? tú ahora estás lejos del peligro y mucha gente necesita tu energía y tu ayuda. Mucha gente necesita aquella chica que fuiste, la chica que emana amor, energía e innovación.

¿Pero por dónde empiezo? Conseguí un trabajo en una escuela y aunque las condiciones del trabajo eran muy injustas, decidí aceptarlo. Me pagaban 120\$ para enseñar 30 clases semanales, pero esto era positivo para que volviera a mi estado natural y para que saliera del sufrimiento, y así trabajé un año entero. Al hablar español e inglés he conseguido después un trabajo durante dos años como ayudante del director de una empresa de herramientas médicas. En aquellos tres años he sufrido, por ser una chica siria, todo tipo de humillaciones –verbales y físicas– que me han llevado finalmente a dejar el trabajo.

En aquella época en la que yo trabajaba, mi padre viajó a Turquía con la esperanza de poder llegar a Europa. No le importaba ser un hombre de 63 años con problemas cardiovasculares y operado del corazón hacía poco. Se jugó la vida viajando solo en el mar en los barcos de la muerte, lo hizo con la esperanza de darnos una vida mejor con más estabilidad y

paz. Ahora mis padres y mi hermana están en Alemania. No he visto a mi padre los últimos cuatro años, no he visto a mi madre ni a mi hermana desde hace más de año y medio y no he conseguido reunirme con ellos porque soy mayor de 18 años.

Ahora vivo “sin hogar” porque la palabra hogar significa el lugar donde te cobijas. Me cambio de casa a cada rato a un lugar nuevo, con gente nueva, algunas veces vivo en la casa de mi hermano, otras veces vivo en una casa sola y otras veces vivo en las casas de mis tías, de mis familiares. Mi estado mental y mi maleta siempre están dispuestas para irme en cualquier momento, por eso dije que estoy sin hogar y sin casa.

Es raro, ¿no? Mi edad y mi identidad son las cosas que deciden todos los pasos que puedo dar en mi vida. ¿Acaso no necesito estar con mis padres y con mi hermana porque tengo 26 años? ¿No tengo derecho a decidir con

quién quiero estar? ¿Acaso no merezco vivir con dignidad y libertad con mis seres queridos? Me han quitado mi tierra y mi patria, mi casa, mi habitación y mis detalles sencillos y me han quitado a mis amigos que están detenidos, desplazados o muertos. Me quitaron una parte de mi alma y mi corazón cuando detuvieron al hombre que amaba del que no sé nada, y ahora decidieron que tengo que vivir lejos de mis padres. No sé qué mal he hecho para merecer vivir toda esta injusticia y más injusticias que no caben en estas líneas y no pueden ser traducidas en palabras, ni escritas, ni contadas. No sé lo que me aguarde en los próximos días, pero seguiré luchando para lograr mis objetivos, tal y como le he prometido a Dios.

Sandy Qablo

Amán, Jordania, julio de 2017

[Traducción del árabe: Takwa Masadeh.

Amán, Jordania, noviembre de 2017]